

diálogo de Platón, que supone que la razón humana es pensamiento universal. Aunque no sabemos la causa profunda de las reticencias respecto a Kant, ni sabemos que le reprochaba a éste su concepción del hombre como ser genérico, trascendiendo el sujeto individual con el fin de conocer aquello que pretendía el mismo Machado: no tu verdad ni la mía sino la Verdad. Además de cuestiones del orden del pensamiento mismo aventuro que se trata de una desconfianza ante el lenguaje filosófico mismo, ante el método. Cuando Machado, a través de sus heterónimos filósofa, lo hace de manera dialógica. No hay que olvidar que Machado era poeta, y que un poeta no puede olvidar que las palabras no sólo son conceptos sino forma y que esa forma es significativa. Machado diría que lo subjetivo no está reñido con lo universal porque hablando de un hombre también hablamos de todos siempre que descubramos no la actitud solipsista sino la común, es decir siempre que al hablar consigo mismo descubra la otredad constitutiva de su ser. La razón tendrá verdad siempre que pueda reconciliar el no ser con el ser, tarea imposible. Aquí salta de nuevo Machado como pensador paradójico. Ya lo sugerí al principio: no se encontraba a gusto ni en la poesía ni en el pensamiento, y esto lo digo con verdadera admiración. De ahí que recurra a elementos no racionales sino afectivos para resolver más de un problema. Ve con enorme simpatía la noción dialógica de Sócrates (noción y dramatización), pero dice que la cordialidad, esa creación cristiana en cuanto que la concibe como central en su visión de la vida, es la verdadera mediación. El diálogo filosófico es un ejercicio admirable de la razón, pero lo cordial es un impulso que tiene que ver con las pasiones: el deseo, el amor, la inclinación, en definitiva, hacia el otro desde lo sentimental, en el más profundo sentido de esta palabra. O dicho de otra forma: la tensión erótica hacia el otro. Machado ya había resuelto que la conciencia, al volverse sobre sí misma, se descubre como carencia de lo otro. La conciencia es el dato negativo de una positividad irreductible. Lo que *es* aparece en la conciencia como no ser, produciendo «la ilusión del objeto», esa «creación específicamente humana», según él, que habría sido un regalo de Dios, del Dios machadiano que es creador no de lo que es, porque Dios ya es plenitud de ser, sino de la nada. De aquí que Abellán diga que la metafísica de Machado no es una ontología sino una meontología, una ontología del no ser.

Aquí podemos volver al principio, con el fin de no plantear demasiadas cuestiones y sí conjeturar alguna respuesta que puedan atrojar algo de luz sobre lo que podemos llamar «la paradoja Machado». Para Machado el ser es lo que aparece, una inagotable posibilidad de aparecer, mientras que el no ser —que sería según él el tema de toda metafísica— tiene que ver con el «mundo de las formas, de los límites, de las

ideas genéricas y de los conceptos vaciados de su núcleo intuitivo» (pág. 1180, *OC*). Es decir que tiene que ver con la filosofía en su sentido más ortodoxo, mientras que la poesía, tal como él la concibe también, es una actividad de sentido inverso porque trata de «realizar lo *desrealizado*»; según sus propias palabras: «una vez que el ser ha sido pensado como no es, es preciso pensarlo como es; urge devolverle su rica, inagotable heterogeneidad» (vol. II, pág. 691, *OC*). Y lo que es está inscrito en el tiempo. El tiempo es el eje de todo este paso de no ser al ser, o más: de esta delimitación de fronteras. Lo que Machado le criticaba a Calderón, tomándolo como ejemplo de hipérbole barroca, es que hubiera prescindido del tiempo, que hubiera eliminado la noticia temporal transmutándola en imagen genérica. «El poema, afirma Machado, que no tenga muy marcado el acento temporal estará más cerca de la lógica que de la lírica»; y aquí acento temporal es igual a presencia de lo real, como se ha visto antes, de lo que aparece, de aquello que no es reductible porque al hacerlo perdería su «núcleo intuitivo». La poesía, pues, tiene que ver con la apariencia y si se hace abstracción de ésta para acentuar el valor genérico, se pierde la consustancial heterogeneidad. El ser es heterogéneo, nunca homogéneo.

Según esta poética, intuita por Machado desde sus inicios literarios maduros, y que penetraría en su búsqueda metafísica, un poema filosófico es una contradicción, tan hipogrifo como el caballo que tira a Rosaura entre las peñas al comienzo de *La vida es sueño*. Yo creo que Antonio Machado roza con una inteligencia extraordinaria lo fundamental, pero su gusto inclina su pensamiento hasta convertirlo en un crítico literario de dudosa lucidez. No me refiero a su concepción de la otredad, ni a tantas otras observaciones, de un inmenso valor, tanto por lo que dice como por cómo lo dice, sino a su visión de la literatura. Extremó tantos sus ideas sobre literatura que tenía forzosamente que escribir, por un lado *La tierra de Alvargonzález*, romance que pretende acentuar la noción de tiempo, y por el otro el poema «Al gran Cero», poema filosófico por excelencia. ¿Por qué no los reconcilió? No me refiero a los dos poemas, que no hay manera de reconciliarlos, sino al problema que formalmente plantean. Las tensiones entre abstracción y concreción, entre tiempo y no-tiempo, entre cuerpo y no-cuerpo, son indisolubles, pero Machado relacionó el no ser, a la Nada, con la tarea de la filosofía, de la lógica dice en ocasiones, pero vemos que lo aplica lo mismo a Kant que a Hegel porque pensaba sobre todo en el pensamiento que prescinde de la anécdota, ya lo hemos dicho, y acentúa la voluntad de sistema. De aquí lo aplica a toda literatura que en alguna medida se toma como objeto a sí misma (metaliteratura, desde Cervantes a Joyce), porque para él nada se debe parecer más que la relación de una idea con un concepto



Antonio Machado por Alfonso.

(lógica) que una palabra consciente de su posición respecto al lenguaje (metaliteratura). Llegados a este punto tenemos, por un lado al Romancero, la canción tradicional, Berceo y Manrique, en nuestra tradición más antigua; y a Bécquer y a cierto Juan Ramón Jiménez (no sabemos qué hubiera dicho de su poema *Espacio*), en lo moderno. Frente a ellos, y con baja apreciación, la literatura mística en general, el barroco, el simbolismo, y los del nuevo gaitrinar, es decir, los llamados poetas del 27. Salvó a Moreno Villa, un poeta estimable, pero no de los mejores. ¿Qué es lo que falló en un pensador tan fino y tendente al escepticismo como Machado? ¿Por qué su visión de la literatura fue más torpe aún que la de Menéndez Pelayo? Machado quiso dotar al pensar de razón poética, pero rehusó otorgar a la poesía, al menos desde un punto de vista teórico, ya que no como autor de poemas, impulso filosófico, por causas que creo ya he apuntado aquí. La fusión de ambas actitudes no fue su tarea sino, cada uno a su manera, de filósofos como María Zambrano o Martín Heidegger, de poetas como André Breton, Borges, Octavio Paz o Luis Cernuda. Muchos de los poemas de Antonio Machado son poemas filosóficos, y muchas de sus páginas filosóficas tienen un indudable valor literario que nos sitúan en ese límite donde verdad y forma se confunden. Esas páginas no pudieron escribirlas ni Menéndez Pelayo ni Unamuno. Forman parte de lo mejor de su tiempo y no han dejado ni creo que dejen de tener actualidad. Pero quizás ese Machado fue un desconocido de sí mismo, y ese desconocimiento le restó, a mi modo de ver, la lucidez que le hubiera permitido leer el pasado y el presente de otro modo. Ignorar esto en su obra, como se ha venido haciendo desde una actitud veneradora y ajena a la verdadera crítica, que supone una relación viva y polémica con la obra, nos condena a repetir errores. ¿Acaso no se relega hoy en día, desde similares presupuestos a los de Machado, toda poesía de tono metaliterario o reflexivo? Afortunadamente los poemas se revelan contra las encorsetadas poéticas de sus autores.

Juan Malpartida